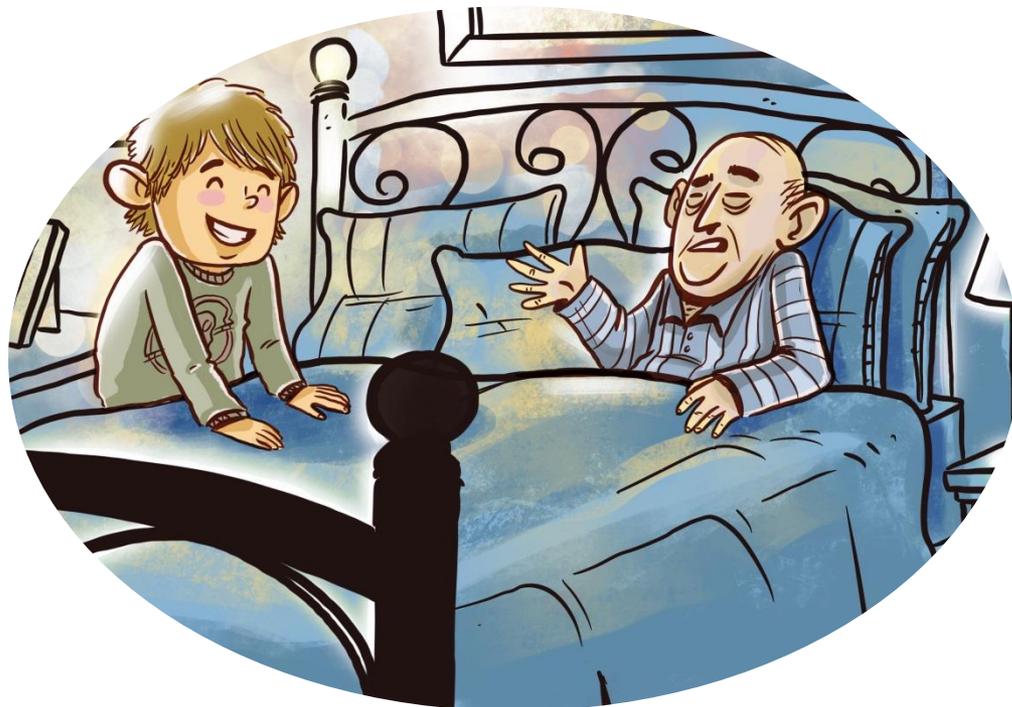


¿De qué sirve la muerte?



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

El día que los padres de Juan cerraron la puerta del comedor para que él no pudiera oír lo que el médico les decía, fue cuando entendió que la cosa era grave. Cuando el médico se marchó, la madre se acercó a Juan y le dijo que el abuelo estaba enfermo y que de ser viejo, nadie se cura. Juan ya era suficientemente mayor como para entender que lo quería decir era que el abuelo se moriría, y una tristeza infinita le recorrió todo el cuerpo.

-¿Por qué tiene que morir? -preguntó Juan con cara triste.

Pero por más respuestas que la gente le ofrecía, Juan no encontraba ninguna explicación.

Ya hacía días que su abuelo no se movía de la cama, y apenas tenía hambre. A Juan le gustaba entrar en su cuarto, se sentaba sobre las sábanas y le contaba algo. Su abuelo siempre lo escuchaba, pero ya no hacía bromas como antes, ni le ofrecía la mano para retarlo a hacer un pulso, ni se arrancaba presumido los pelos de la nariz. Ahora su abuelo lo escuchaba y a menudo se adormecía haciendo un silbido con la nariz, que a Juan le parecía la sirena de un tren.

"¿Por qué tiene que morir?", se preguntaba una y otra vez. Su abuelo siempre había sido el hombre más fuerte y robusto que Juan había visto; pero ahora lo veía frágil como la hoja de un árbol antes de desprenderse de su rama. Era imposible que su abuelo pudiera defenderse de la muerte en aquellas condiciones. Y de repente, Juan comprendió que ese era el problema.

A partir de ese momento, Juan decidió que buscaría como defenderlo de la muerte. Día y noche se estaba tumbado en la cama del abuelo, esperándola. Seguro que si le contaba todo lo divertido y bueno que era su abuelo, la muerte comprendería lo importante que era y le dejaría vivir un poco más. O tal vez la muerte era de aquellas que no atienden a razones, y habría que enfrentarse a ella. Juan era pequeño, pero todo el mundo coincidía en apreciar que era lo suficientemente fuerte para su edad; así que estaba decidido a echar a la muerte a patadas, o lanzándole algo en la cabeza.

Los días pasaban, su abuelo cada vez estaba más débil pero la muerte no venía. Juan estaba convencido de que todo su arsenal de juguetes, cazuelas, libros, zapatos y todo lo que iba recogiendo para defender al abuelo estaba funcionando, y ésta no se atrevía a acercarse. Pero de vez en cuando, el abuelo miraba a su nieto y le dolía verlo tan triste y preocupado.

— ¿Por qué haces todo esto? — Le preguntó el abuelo una mañana.

Qué alegría tuvo Juan al volver a oír la voz de su abuelo. Pegó un salto y se acercó a su lado y le acarició la mano.



—Porqué pienso luchar contra la muerte, abuelo. Me enfrentaré a ella y no dejaré que se te lleve. —
Respondió orgulloso Juan.

— Pero yo no tengo miedo de morirme- — Contestó el abuelo.

Ay, caramba. Eso sí que no se lo esperaba. ¿Cómo podía ser que su abuelo no tuviera miedo de la muerte?
Todo el mundo sabía que la muerte era horrible, monstruosa, terrible, infame y no servía para nada.

— ¿Quién lo dice que no sirve para nada? — Preguntó el abuelo. — La muerte es imprescindible para poder vivir.

Al oír aquello, Juan pensó que su abuelo estaba más enfermo que nunca. El pobre hombre ya no sabía ni lo que decía, y soltaba cualquier tontería. Con mucha paciencia, Juan le acercó el cuenco de sopa que la madre siempre le dejaba junto a la cama, convencido de que un poco de alimento le haría recuperar la cordura.

— ¿Te gusta esta casa? — Preguntó el abuelo dando un trago.

¿Cómo? ¿Qué era esa pregunta? Quizá sí que el abuelo empezaba a estar un poco majareta , pensó Juan.

— Claro que me gusta. Es la casa más bonita que he visto nunca. — Respondió Juan.

— Pues si no me tuviera que morir, no la habría construido nunca. Si viviera eternamente siempre me habría dado pereza ponerme a trabajar y lo habría dejado para otro día.

Juan se quedó un instante pensando, pero el abuelo hizo otro trago de caldo e insistió.

— ¿Te he hablado de los viajes que he hecho?

¿Que si le había hablado de sus viajes? Lo que más le gustaba a Juan era escuchar las aventuras del abuelo de cuando recorría el mundo subido a su moto, o trabajando de marinero en algún barco. Le gustaban mucho aquellos viajes, y Juan siempre había tenido prisa por crecer para poder salir hacia la aventura.

— Pues no habría hecho ningún viaje, porque siempre habría pensado que podría haber salido a la aventura en otro momento.

Un rayo de sol se coló por la ventana y Juan tuvo que apartar la mirada y tropezó con un cuadro en la pared donde se veía a los abuelos de jóvenes.

— ¿Y qué me dices de los pasteles de la abuela? ¿Te gustan?

¿Que si le gustaban? Miel, azúcar, crema, galleta, chocolate, una pizca de fresa y caramelo. ¿A quién no le gustaban aquellos pasteles que eran como comerse un trocito de cielo?

— Pues yo ya los habría aburrido si pudiera comer tantas veces como quisiera.

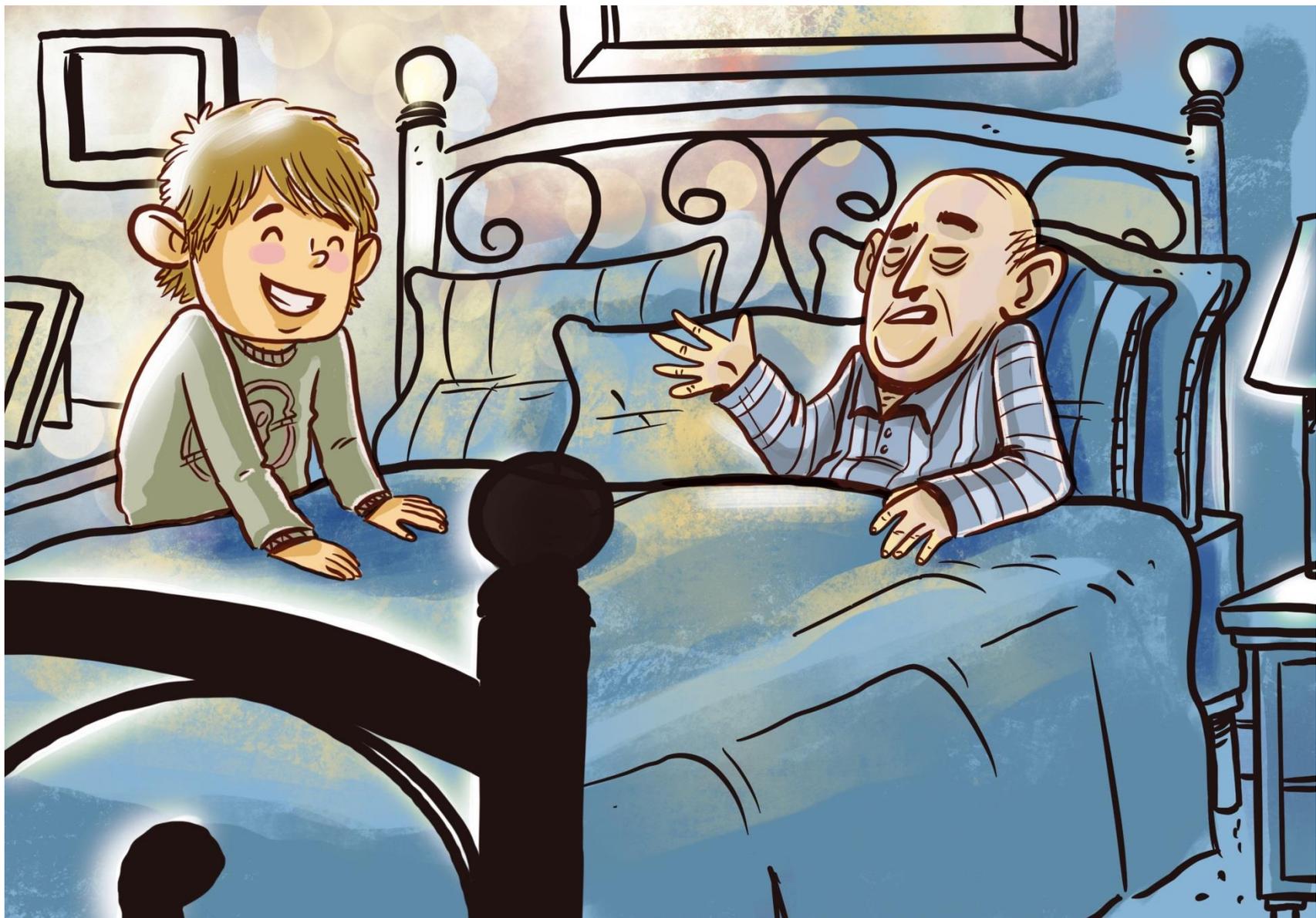
El abuelo observaba con ternura a su nieto que lo miraba sin terminar de entenderlo. Le acarició el rostro y pasando sus dedos viejos y huesudos por entre el pelo, añadió:

—O incluso tú.

— ¿Qué pasa conmigo? — Preguntó Juan inquieto.

— Si no fuera por la muerte, no existirías. Si yo pudiera vivir eternamente no habría tenido prisa en casarme ni tener a tu padre. Habría continuado esperando y seguramente nunca hubiera encontrado el momento. Es precisamente porque sabemos que tenemos que morir que queremos vivir. ¿O a ti no te gusta comer un helado? ¿Crees que te gustarían igual si después de un helado pudieras comer otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y otro...?

Al pobre Juan la imagen de toda aquella montaña de helados le hizo venir dolor de barriga ; y de pronto comprendió que el placer que sentimos por muchas cosas es precisamente porque se acaban.



—Pero abuelo, yo te echaré mucho de menos si te vas.

— Así lo espero — Dijo el abuelo un poco molesto — Deseo que me echés de menos mientras recuerdas todos los buenos momentos que hemos compartido. Pero mientras me recuerdas, no te olvides de vivir tu vida. La vida es larga y te dará tiempo de hacer muchas cosas, pero más vale que no te encantes y la empieces a aprovechar.

Y dicho aquello, el abuelo hizo un último sorbo de caldo y cerró los ojos.

— Ahora basta de hablar que tengo sueño — Dijo el abuelo. Déjame dormir un rato, pero antes saca todas estas trastos de la habitación. Si no, cuando entre la abuela, tropezará.

Y poco a poco, en silencio, Juan comenzó a recoger todos los juguetes, cazuelas, libros, zapatos y todo lo que había ido recogiendo para defender a su abuelo. Ya no era necesario. Y una a una las fue cogiendo todas procurando no hacer mucho ruido. Sabía que el abuelo quería descansar.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital